

REMEDIOS VARO O EL TELAR DE LAS APARICIONES

El envés del mundo

Una mujer de grandes ojos color de miel contempla con asombro el mundo frente a ella. De su mirada nacen, como de un surtidor nimbado por los rayos del sol, un conjunto de seres y de acontecimientos maravillosos: fósiles ideales, foliaciones, cristales, la noche galáctica de los bosques y de los peñascos, palacios livianísimos hechos de luz, insectos de vidrio, carnosos frutos en rotación, mares y ríos de crespas olas oscilantes, nebulosas condensadas, árboles y gatos y pájaros magnéticos, embarcaciones de fulgentes velámenes, muchachas translúcidas, magos que han vencido a la gravedad. La mujer parpadea. Los hilos que emanan de su visión, como en los sueños o en las revelaciones de los grandes videntes, penetran dulcemente los secretos de la noche y los astros. En el silencio que rodea esta plenitud se diría que, por un instante, el mundo ha vuelto al centro de donde irradia la ambigüedad del movimiento. De pronto la mujer abre los brazos, a estas alturas ya convertidos en un par de alas, y echa a volar. Remedios, Remedios, Remedios, gritan las criaturas que la observan, sujetas al poder de su encantamiento. Remedios, decimos nosotros, haciéndonos eco de la fascinación que recorre el bosque estremecido: Remedios Varo.

¿De dónde han surgido estas imágenes que a un tiempo nos confunden y arroban y que implican la aceptación de tantos mundos? Todo en la visión de esta hechicera parece animado por un afán de levedad. El fulgor de los cuerpos y la interpenetración de las sustancias crean la trama de un tejido radiante que concita el intercambio entre el mundo exterior y el ámbito de las figuraciones interiores. Estamos frente a un universo de una extraña fluidez musical, en que la libre modulación de las fabulaciones da lugar a extraños fenómenos de levitación y atracción y a una inversión que podríamos llamar melódica del mundo natural. Asistimos a la transmutación, a partir de las cosas, de la visión. ¿El revés del mundo? No se trata de un arte especular y sin embargo estas obras reflejan algo, pero ¿qué reflejan? Recuerdan, quizá. ¿Qué? Una melodía de la infancia, el encanto de los instantes olvidados.

Imágenes inolvidables traídas de la sombra, imbuidas a la vez de la densidad y la ligereza del sueño, ilustraciones del caos racional, el caos que se penetra a sí mismo. Las creaciones de Remedios Varo son, en el sentido armónico del término, el lugar de una *presencia* o, dicho de otro modo, los acordes de un espacio conciliado.

El alambique astral

Hija de un ingeniero hidráulico, con quien durante su infancia viajó por múltiples lugares, Remedios Varo heredó de su padre la pasión por la construcción minuciosa de los mecanismos complicados. Esa pasión, cuyo sentido esencial parece concentrarse en lo que Edouard Jaguer ha llamado “la doma del agua” y que constituyó la labor primordial de las ensoñaciones de Remedios, cristalizaría años después en algunas de las composiciones más singulares y sugerentes de la plástica contemporánea.

Desde muy joven Remedios Varo dio muestras de poseer un talento excepcional para el dibujo, que el padre decidió estimular, primero haciéndola partícipe de sus habilidades como dibujante técnico y más tarde brindándole a la joven, contra las convenciones de la época, la posibilidad de tener acceso a una sólida formación académica en las escuelas de arte de Madrid.

Mientras adquiría estas destrezas, Remedios comenzó a interesarse en los movimientos estéticos de vanguardia, principalmente el surrealismo, que con su apasionada defensa de los poderes de la imaginación y del sueño, su revuelta contra el racionalismo y su búsqueda sin concesiones de la vida real representaba un soplo de vitalidad en el anquilosado ambiente cultural español de la época. Remedios confiaba en las potencias de la magia y de la noche. Mucho antes de embarcarse en la aventura surrealista, había ya



dado muestras de poseer una imaginación muy viva y una predisposición, casi podría decirse natural, a abandonarse a los dictados del inconsciente, adentrándose en las tierras donde crecen y proliferan las oscuras vegetaciones del sueño, esa zona secreta en que el agua llamea y el fuego rezuma, sin fin, hasta que la difícil transfiguración de los cuerpos y de las sustancias se resuelve en un gran chorro de imágenes debiles.

Cuando Remedios Varo se dedicó en alma y cuerpo a la pintura, muchos años después, intuyó y supo expresar con una justeza figurativa notable muchas de las arduas concepciones de la física contemporánea. Ávida de mirar lo que Dios mira, no dejó de registrar (y de recordarnos) que la materia de que están hechas las estrellas es la misma de nuestros cuerpos y ella, “que hilaba copos de luz”, supo plasmar cómo esa materia se destila a través de complicados alambiques y refinadas maquinarias para engendrar el esparcido ser universal en cuadros que son una metáfora memorable y resplandeciente del propio trabajo creador.

El juego y el fuego

Por temperamento, por convicción, Remedios Varo ejerció la atención delicada a las revelaciones del subconsciente que propugnaba el surrealismo. Siempre creyó en el imperio del azar y la sombra y desde sus primeros contactos, en Barcelona, con los logicófbos, grupo de filiación surrealista, se empeñó en intentar “la representación externa de los estados internos del alma”. De ese periodo datan varios dibujos, pinturas y *collages* en los que aun cuando nada revela todavía a la gran ensoñadora *definitiva* en que Remedios se convertiría después, sí muestran de manera muy clara la primacía que otorgaba a la imaginación y al humor como sustrato de sus composiciones.



Años más tarde, en París, siendo compañera del poeta Benjamin Péret, Remedios Varo conoció el surrealismo desde dentro. La pertenencia al grupo le permitió abreviar directamente en la fuente originaria de la revolución surrealista y empaparse de sus designios y de sus procedimientos. Sin embargo, no todo lo que se propuso llevar a cabo a través de su arte procede íntegramente del afán surrealista. Hubo en la tentativa de Remedios una dulzura y una inclinación a la delicadeza del misterio que más bien hacen pensar en los anhelos del romanticismo que en los exabruptos de Breton y sus huestes.

Ignoro si Remedios varo conoció las obras y el pensamiento de los románticos alemanes más allá del tamiz surrealista. No es improbable, puesto que precisamente hacia el final de la década de los treinta, cuando ella vivía en París, aparecieron en Francia numerosos estudios y traducciones en torno al romanticismo, y es posible que Remedios haya tenido algún contacto con ellos. Y sin duda leyó al dulce y melancólico Gérard de Nerval.

En todo caso supo expresar, con una nitidez y una fluidez asombrosas, la relación recíproca entre el cuerpo y lo que denominamos el alma, entre el mundo exterior y el reino de las visiones interiores, que constituye el principio central de las aspiraciones románticas. Remedios Varo intentó, aunque ella misma no lo haya sabido, “romantizar el mundo” restituirlo a su unidad esencial.

En su obra, como en las novelas de Jean Paul, el sueño está en todas partes; mejor dicho: el sueño es la sustancia misma de los acontecimientos. Es el lugar de las apariciones instantáneas: el mundo se ha convertido en sueño y el sueño se ha convertido en mundo. Señora de las metamorfosis, Remedios supo acoger el llamado de “las fuerzas invisibles” y las hizo encarnar, transmutadas por los ojos del sueño, en una urdimbre de “absoluta transparencia”.

La influencia del surrealismo en Remedios Varo fue estética y moral. La “legítima aspiración” a la libertad total en el arte y la vida que postulaba el movimiento fue para ella carta de creencia. Hizo del todo suya la modalidad típicamente surrealista del principio de reunión de dos planos disociados, base del *collage*, y lo desarrolló hasta sus límites. La confrontación sistemática de dos realidades desagregadas le permitió a su espíritu acceder a lo que Breton llamaba “las relaciones de dos realidades en presencia” y adoptarlo como método general de composición.

Otro procedimiento surrealista, que Remedios empleó también en sus fantásticos relatos literarios y que ejemplifica la “lógica” de su pensamiento, es la sutil transposición de elementos, de modo que donde esperaríamos encontrar una cosa aparece, intangiblemente, otra. Esta inversión sutil, muchas veces perversa o simplemente humorística del orden común, subvierte las normas y valores establecidos. Las obras creadas mediante este recurso resultan profundamente inquietantes, porque al poner en relación mutua hechos y elementos normalmente desvinculados y presentarlos en una sucesión desquiciada de “imposibilidades”, volatiliza la realidad, como en el siguiente fragmento de un texto de la propia pintora:

“es muy desagradable pasar toda la noche corriendo perseguido por un león llegar, ¡por fin!, ante una puerta, buscar refugio tras ella y encontrar que hay un pozo profundo donde deseábamos caer (en brazos placento-maternales, desde luego) pero donde no caemos, inesperadamente volamos por encima, llegamos a una sala enorme con muchas puertas y tras cada una de ellas está el mismo león, la única huida es subiendo por (un) candil de cristal tallado, pero es imposible porque precisamente del candil baja el cartero con un telegrama anunciando el nacimiento de cuatro gemelos mauritanos en la cocina...etc., etc.”

Remedios libremente practicó el automatismo psíquico y también el físico, como es el caso del empleo que hizo de la decalcomanía, ese medio por el cual la materia suscita la obra, o al menos una parte de ella. La intervención del azar y el accidente de la materia ayudan a configurar el espacio plástico, que sometido a las oscilaciones de la casualidad, adquiere perspectivas y connotaciones inusitadas.

Sin embargo, pese a la constancia con que Remedios Varo utilizó estas formas de estímulo de la imaginación visual, en sus composiciones opera siempre una deliberación, una inducción del azar, si así puede decirse, que orienta y conduce la obra hacia un fin previsto. El poder autónomo de la sugestión está, de este modo, encauzado y como aglutinado para crear las resonancias de un calculado efecto.

La lenta cristalización de la Sibila

Si es cierto que Remedios Varo durante un tiempo falsificó algunos De Chirico para ganarse la vida, es verdad también que de esa intimidad con la obra del metafísico italiano supo extraer una gama precisa de elementos, tanto formales como temáticos, que más tarde le serviría para enriquecer su expresión personal. Remedios encontró en “el poder psicológico de la arquitectura” un medio ideal para expresar sus propias visiones interiores: corredores interminables, arcadas, altos muros desnudos, plazas donde el silencio pesa sobre el mundo como un viento inerte: metáforas del exilio interior y del desencuentro.

La riqueza iconográfica de su obra procede no obstante de múltiples fuentes, más o menos directas. En primer lugar El Bosco, cuyos grotescos híbridos y paisajes alucinantes la acompañaron siempre; otra es Goya, sobre todo el de *Los caprichos* y *Los disparates*; también hay huellas del Greco, de la imaginería de ciertos grabados alquímicos medievales, de los maestros flamencos primitivos y de algunos renacentistas, como Antonello da Messina, según ha mostrado Janet A. Kaplan en su excelente estudio sobre la vida y la obra de Remedios Varo.

En este dominio encantado de Remedios, como lo llama Edouard Jaguer, la música, ya lo hemos visto, ocupa un lugar primordial. Ámbitos misteriosos en que las consonancias construyen y vivifican cosas y seres. Para Remedios la música era verdaderamente la fuerza creadora y la armonía de las esferas una realidad tangible. (El sonido es esférico, y tiene un corazón, dice el gran compositor italiano contemporáneo Giacinto Scelsi, lo que



sin duda Remedios, de alguna manera, presentía). Muchas de sus creaciones son eminentemente musicales, fantasías moduladas, secuencias armónicas de una diafanidad y una coherencia sorprendentes.

sorprendentes En tal espacio que la armonía imanta todo resuena. Oye las telas de Remedios.

Arte asimismo de la decantación de la luz, la obra de Remedios Varo se despliega en este dominio: paisajes iluminados por un fulgor muy puro bajo el que aparecen, vibran un instante y se disipan radiantes seres impalpables: ondulación de las líneas y melodías de lo maravilloso. Se trata por cierto de un universo en constante movimiento, en que las circunstancias y las figuras son, doblemente, vehículos de lo insólito. Los personajes de Remedios Varo están siempre en movimiento, incluso sus miembros y vestidos son también propulsores. ¿Qué buscan estos seres pasmosos?, ¿hacia dónde van?

La brasa y la ceniza

Remedios padeció por igual los terrores de la guerra y el exilio, de la errancia y la separación, y las pululaciones terribles del miedo irracional: a los insectos, a la enfermedad, a la muerte. Como un ser sin resguardo habitó y la habitaron miedos y sobresaltos de todo tipo, exteriores e internos, pero acogiéndolos logró transmutarlos y situarlos así en un orbe hecho de presentimientos y de sutiles atributos. Es muy posible que como otro gran creador de mundos visionarios, Franz Kafka, Remedios haya pintado para morir, para dar a la muerte su posibilidad esencial.

Pese a la aparente serenidad de muchos de sus cuadros, debido, en buena medida, a la sobriedad colorística y a la tenuidad de las atmósferas representadas, si observamos bien podemos constatar que en su mayoría son espacios que se definen por un ambiente amenazador, tal vez porque apuntan hacia lo desconocido mental. Mujeres que entran en habitaciones donde las cosas, los muebles, atrozmente han cobrado vida y danzan; muros que revientan, como árboles descortezados, para dar paso a enigmáticos seres alucinados: representaciones de una angustia *palpable*. Vislumbres del trasmundo. Campea en estos cuadros la ambivalencia de los contornos ominosos; son, de cierta manera inquietante y desazonadora, anotaciones oníricas de que algo aterrador, intolerable está a punto de suceder, como en el lienzo titulado *La expedición del agua áurea*, que sugiere el desafío y la gravedad de una empresa excepcional, metafísica, secreta: un viaje iniciático, la búsqueda de alguna realidad suprema que realizan severos monjes—soldados a través



de los desolados paisajes del remoto norte y de cuyo éxito depende, aunque lo ignoremos, la vida del universo.

Y no obstante, por encima de la representación continua de esta angustia extensiva, situaciones y personajes aparecen, casi siempre, transfigurados por la luz del humor. Remedios supo captar el filo gracioso del mundo. Al final de sus incursiones en esos sitios sombríos nuestra pintora ríe, aunque su risa, como anotó Octavio Paz, resuene en otro mundo. La suya, en efecto, es una “metafísica maliciosa”.

Creadas en su mayor parte a sobre líneas de composición verticales, las telas de Remedios Varo parecen reflejar con ese movimiento ascendente lo que Novalis llamó “la tentativa de purificar y aclarar este caos sorprendente y

grotesco”. En efecto, la “nostalgia del cielo” que define a lo más intenso del espíritu romántico, cobró cuerpo en su obra.

Podría pensarse que para Remedios, vivamente interesada en el ocultismo y la magia, esas visiones no sólo eran fantasías nacidas de la libre asociación de imágenes, sino verdaderos conjuros, formas de penetrar y transmutar la amenazante polivalencia del subconsciente. Tal es la fuerza de irradiación de estas imágenes encantadas, hechas de una materialidad *otra*.

La habitación encantada

Huyendo de la guerra Remedios llegó a México. En nuestro país encontró la calma y la calidez que su espíritu necesitaba para fructificar. Durante muchos años deambuló por las inmediaciones de la creación pictórica sin decidirse a penetrar plenamente en ella. Pero hacia mediados del siglo la maga comenzó a ensalmar. Es un hecho notable que la obra de

Remedios, la que nos toca y que perdura, haya sido creada casi en su totalidad en el curso de sólo una década, cuando la artista había alcanzado ya la madurez y ponía prueba sus capacidades de visión y de convocación, capacidades que antes no se había atrevido a desplegar. La estabilidad y la seguridad emocional y económica que le proporcionó su matrimonio con ese ser absolutamente musical que es Walter Gruen, le permitieron la expresión de un universo ya plenamente gestado en su interior pero que hasta entonces no había aflorado. Remedios paladeó el deleite de poder adentrarse sin trabas, sin distracciones, en los meandros de la creación artística. Su imaginación se encendió como un metal al rojo blanco y se acendró.

Alentada por el éxito instantáneo de su primera exposición individual, en la que el público y la crítica reconocieron y aclamaron la aparición feliz de un nuevo astro en el cielo de la plástica de México, Remedios se dio de lleno a la tarea de rescatar de la sombra y la contradicción —como escribió Rosario Castellanos— a criaturas de fulgente hermosura. Prácticamente recluida en su taller, como uno de esos artífices extraordinarios rodeados de relojes y complejas maquinarias y muros pautados que pueblan sus telas, Remedios prosiguió su asombrada exploración de los territorios del sueño con una intensidad y una dedicación que la avidez de los coleccionistas potenciales no hacía sino espolear. Divertida, absorta, fascinada, en menos de diez años produjo un catálogo deslumbrante, preciso y precioso, de lo que podríamos llamar las diversas categorías de lo irreal.

Pintó lenta, amorosamente, con delicada atención todo aquello que la voluntad y el azar entregados al libre placer de imaginar le revelaron: el pulso de la transparencia, la homilía de la luz, las primicias de un mundo radiante; el ser *después* del tiempo. Pintó, hasta que un día del otoño de 1963, su corazón, como uno de esos pájaros rojos que nacen de un poliedro de cristal delgadísimo al influjo de la música más alta, aleteó sobre las casas y los bosques resplandecientes y entró en la luz.